

Algunas covetimologías

Si oímos decir *coronacrisis* y *coronabonos*, ¿por qué no *covetimologías*? (véase página 25)

Asma. Proviene de la palabra griega ἄσθμα, de la cual deriva la versión latina *asthma*. Puede entenderse en el sentido de jadeo o sofoco. El término aparece ya en la *Ilíada* de Homero, pero tanto él como Esquilo, Platón y otros escritores griegos lo emplean para designar la dificultad respiratoria ocasionada por un esfuerzo físico, una herida o un golpe. En los tratadistas médicos, como Hipócrates, se trata de un trastorno, y es recién Galeno quien la define en el siglo II como una enfermedad y no como un síntoma. Plinio el Joven por esa misma época latinizó su nombre y llamó *asthmaticus* a quien sufriera esta dolencia.

Barbijo. Proviene de la palabra latina *barba*, y parece ser una forma contracta de *barboquejo* o *barbiquejo*. El vocablo llega a la medicina en el siglo XIX, como parte de la transformación de las medidas higiénicas y sanitarias, consecuencia del reconocimiento de la acción de los microorganismos patógenos en el origen de las enfermedades. La apariencia de llevar una de estas máscaras, creada por una línea negra visible por debajo de la cabeza, dio su nombre vulgar en castellano al pingüino de barbijo (*Pygoscelis antarctica*), al que en inglés llaman *bearded penguin*.

Catarro. Los latinos lo llamaban *cattarrhus*, tomado del griego *katárrhos* (κατάρροος), del verbo *katarréō* (καταρρέω), que significa fluir hacia abajo. El formante *katá* (κατά), hacia abajo, contra, sobre, marca el movimiento y la raíz del verbo *rhéō* (ρέω), fluir. La raíz de *rhéō* está presente en reuma, hemorroide, diarrea y gonorrea, todas enfermedades ligadas a algo que fluye.

Confinamiento. Es la acción y el efecto de nuestro verbo *confinar*, que deriva del latín medieval *confino*, desterrar, forzar una residencia obligatoria fuera de la propia o habitual. Sin embargo, *confinamiento* también puede entenderse como el hecho de recluir algo o a alguien dentro de límites, tal como lo entendemos hoy. Se forma a partir de *confin*, derivada del latín *confinis*, contiguo, vecino, fronterizo, un compuesto de *finis*, límite, frontera, final.

Corona. Del latín *corona*, que aludía principalmente a la disposición en círculo, coronada, ya fuera de objetos (comprendidas las coronas propiamente dichas) o de personas en asambleas o reuniones. También podía referir a la línea de un ejército durante una circunstancia de asedio o de defensa, así como un circuito o el perímetro de un campo. De allí el verbo *corono*, rodear o ceñir. Se encuentra el mismo sentido en el griego *korónē* (κορώνη), más polisémico, pues podía aludir también a aves marítimas o cuervos, a objetos curvos (incluidas nuestras coronas) o a la popa de un barco. También tenía el sentido de coronación, logro, en sentido figurado.

Diagnóstico. Proviene del adjetivo griego *diagnostikós* (διαγνωστικός), distintivo, capaz de distinguir o discernir, relacionado con el sustantivo *diágnosis* (διάγνωσις), distinción, discernimiento. Fue en tiempos modernos cuando adquirió el sentido de entendimiento de la causa de las enfermedades. Se forma con el prefijo derivado de la preposición *diá* (διά), a través de (como en diabetes o diarrea), *gnósis* (γνώσις), conocimiento (como en gnoseología), y el sufijo *tikós* (τικός), que significa 'referido a'.

Epidemia. Proviene del griego *epidemia* (ἐπιδημία), entendido como aquello que está en una población, pero también puede ser visita, llegada. Su origen es el compuesto de la proposición *epí* (ἐπί), sobre, encima, y el adjetivo *démios* (δήμιος), público, derivado a su vez de *dēmos* (δῆμος), pueblo o territorio habitado por un pueblo. Está relacionado con el verbo *epideméō* (ἐπιδημέω), residir, y con los adjetivos *epídemos* (ἐπίδημος) y *epidémios* (ἐπιδήμιος), que refieren a aquel que está o reside en el país. Ya en la Antigüedad se utilizó con la acepción médica hoy establecida en las lenguas modernas, esto es, como propagación de una enfermedad contagiosa en un país. Así, el verbo *epideméō* podía entenderse como propagar una enfermedad. Adquiriría luego el mismo sentido de la palabra latina *pestis*, enfermedad contagiosa, de donde deriva nuestra palabra *peste*.

Fármaco. Del griego *phármakon* (φάρμακον), sustancia que puede alterar la naturaleza de un cuerpo. Así, un fármaco en teoría podía ser tanto virtuoso como venenoso. Tenía también el sentido de preparado mágico, y de allí que existiera también el *pharmakós* (φαρμακός), entendido como mago, brujo o simplemente envenenador, aunque también podía entenderse como chivo expiatorio.

Gripe o gripa. Proveniría del francés *grippe*, nombre dado a una epidemia ocurrida en el siglo XVIII en París, que a su vez viene del franco *grip*, garras, pues el mal agarraba al enfermo y no lo soltaba. Es probable también que la palabra francesa derivara a su vez del suizo-alemán *grüpen*, agacharse, acurrir.

carce, temblar de frío, estar enfermizo. En los siglos XIII a XIV *grippe de fer* era un gancho de hierro para apretar algo, en 1632 *gripper* está atestiguado como quien estaba aferrado a una idea inamovible y en 1743 llegó a designar a una epidemia de catarro. Las expresiones francesas *grippe-sou*, *grippe-billet*, *grippe-liard* y *grippe-sol* significan avaro o tacaño: quien se aferra o se agarra a sus bienes.

Máscara o mascarilla. Nombre alternativo del barbijo. Proviene del árabe *mashara*, bufón, y este del verbo *sahir*, burlarse de alguien, pero llega a España probablemente por vía del catalán y acaso con influencia del italiano *maschera*. Para los griegos era *prósopon* (πρόσωπον), de *prós* (πρός), hacia, delante, y *óps* (ὄψ), rostro (también puede ser vista), por las caretas que se colocaban los actores. *Prósopon*, al igual que el término latino *persona*, designaban tanto a la máscara en sí como al personaje que ella representaba.

Neumonía. Definida como una inflamación grave de los alvéolos y los bronquiolos respiratorios, es el principal factor de muerte del coronavirus. Proviene del griego *pneúmon* (πνεύμων), pulmón, que a su vez deriva de *pneúma* (πνεῦμα), soplo o respiración (aunque también puede ser espíritu, hálito de vida o principio vital) y del verbo *pnéō* (πνέω), soplar o respirar. De allí se originaron también *apnea* (ἄπνοια) y *disnea* (δύσπνοια). En el primer siglo de nuestra era, el médico griego Ateneo de Atalia fundó en Roma la escuela de los neumatistas, en la que abrevó Galeno, quien aludía al *pneúma* como principio vital. Durante la primera era cristiana, los herejes conocidos como macedonianistas, fueron también llamados *pneumatómacos* (πνευματομάχοι), quienes combaten al espíritu, por su

negación de la naturaleza divina del Espíritu Santo.

Pandemia. Proviene del griego *pandemía* (πανδημία), el pueblo entero, con la cual se relacionan los adjetivos *pandémios* (πανδήμιος), común al pueblo entero y *pándemos* (πάνδημος), que concierne a todo el pueblo. Los formantes involucrados son *pân* (πᾶν), todo, *démios* (δήμιος), público, y *dêmos* (δῆμος), pueblo o tierra habitada por un pueblo. Los latinos utilizaban *pandemus* también para referir a aquello que implicara al pueblo en su conjunto.

Protocolo. Se compone del formante *prôtos* (πρῶτος), primero, y *kólla* (κόλλα), cola, pegamento. También designa reglas ceremoniales o diplomáticas, pero antes un *protókolon* (πρωτόκολλον) era la hoja de guarda de un rollo escrito. Si se trataba de acta oficial, el protocolo llevaba sello de autenticación.

Rebaño. Término que se usa en la expresión *inmunidad de rebaño*, la cual se refiere a la situación de un grupo de personas o una población en la cual cesa de contagiarse una infección por haberse inmunizado una proporción importante de sus miembros. Rebaño es palabra de origen indefinido: podría venir de *rama* o vara usada por pastores para conducir ovejas, cuyo nombre se extendió al grupo de estas, y podría derivar a su vez de **ramaño*, y este del catalán y aragonés *ramat* / *ramado*. Puede también que esté relacionada con algún término árabe derivado de la raíz *rabab*, multiplicación.

Síntoma. Proviene del griego *symptoma* (σύμπτωμα), compuesta a partir del formante *sýn* (σύν), con, y el sustantivo *ptôma* (πτῶμα), caída, derivado del verbo *rípto* (πίπτω), caer. De allí viene también *asíntota*, aquello

que no cae, del adjetivo griego *asýmptotos* (ἀσύμπτωτος). *Sýmptoma* significaba coincidencia, hecho fortuito que cae o acaece junto con otro; así, los médicos de la Antigüedad podían usar la palabra para referirse a los fenómenos que acompañaban una enfermedad.

Testeo. Proviene del latín *testum*, vasija de barro, de donde vienen *testa* y *tiesto*. El *testum* se usaba para separar metales preciosos de impurezas o para experimentar con ellos. Ello explica el sentido moderno de *prueba*. La *testa* es la cabeza, recipiente de los pensamientos. Así, un *test* es también un examen o prueba para probar capacidades o conocimientos.

Tos. Proviene del latín *tussis*. Hay quienes consideran que se pudo haber originado en el verbo *tundo*, golpear, en alusión al espasmo de la tos, de donde *tunda*, contundente y contusión.

Tratamiento. Designa las acciones para curar una enfermedad y proviene de *tracto*, tratar, verbo latino ligado a su vez al verbo *traho*, tirar, arrastrar. Una hipotética raíz indoeuropea **traǵh*, tirar, arrastrar, podría haber dado traer, contraer, extraer y distraer. Recibimos buen trato de alguien que nos tira en el sentido correcto y nos distraemos si algo nos tira en distintas direcciones, lo que nos impide decidir o prestar atención.

Virus. Del latín *virus*, cuya acepción original era jugo, secreción o humor, en cuanto parte del paradigma médico de los humores que primó desde la Antigüedad hasta la tardía Edad Moderna. Se entendía en un sentido negativo, como veneno, ponzoña, infección o hedor. Fue tomada por el vocabulario médico moderno para referir a ciertos agentes infecciosos específicos, de los cuales forma parte el SARS-CoV-2. 